

Del Oriente al Occidente

El asturiano en la Universidad, 386 años después

JOSÉ SUÁREZ ARIAS-CACHERO



Hace diez años me cupo el honor de ser uno de los primeros claustrales de la Universidad de Oviedo en utilizar la lengua asturiana en una reunión oficial del entonces Claustro Constituyente, que debatía la modificación de sus centenarios estatutos.

Mi intervención en asturiano tuvo como música de fondo el ruido ocasionado por las coces de una parte significativa de la comunidad universitaria que no desaprovechó la oportunidad de recordarnos el significado de la intransigencia y del desprecio a la cultura asturiana, precisamente allí donde la tolerancia y la pluralidad cultural debían imperar.

Quienes defendíamos la entrada de nuestro idioma en la Universidad éramos conscientes de la correlación de fuerzas y, sabiendo que sólo podíamos llegar hasta cierto nivel, hicimos dos propuestas: una

que, siendo tímida, era un gran avance para lo que teníamos entonces, y otra, más radical, para que, desechando ésta, obtuviéramos al menos lo propuesto en la primera. El resultado satisfizo a todas las partes, nadie sería discriminado por el uso del asturiano y la Universidad se comprometía en la defensa de la cultura de nuestro país.

El pasado viernes, la Junta de Gobierno de la Universidad aprobó la especialidad de asturiano. Ha tenido que pasar mucho tiempo para que se impusieran la sensatez y la cordura, exactamente 386 años desde su fundación y 10 desde el Claustro Constituyente, pero lo más significativo es la sensación de normalidad con que nuestra sociedad acoge este acontecimiento. Los otrora apoderados del presunto rechazo social contra la normalización no encuentran ya el eco del pasado a sus interesadas y hoy apagadas voces.

La decisión de la Universidad es un paso adelante y una buena manera de celebrar el vigésimo aniversario del inicio en 1974 de la reivindicación lingüística, con la aparición de «Conceyu Bable», pero todavía queda mucho camino por recorrer.

Más allá de las cuestiones filológicas está la relativa a los derechos civiles y, desde este punto de vista, muchos asturianos vemos cómo cada día se ignora nuestro derecho al uso del bable en ámbitos administrativos, escolares, judiciales o de la comunicación, mientras con nuestros impuestos financiamos los programas de normalización del gallego, el catalán y el vasco.

Esperemos que la Universidad sea pionera en éste y en otros campos, señalando la senda de un futuro que, asentado en el respeto a nuestra propia identidad, no renuncie a la universalidad que siempre caracterizó a nuestro pueblo.

Clave de sol

Pretérito pluscuamperfecto

ESTEBAN GRECIET



Noto yo como que en los últimos tiempos me he vuelto... ¿cómo diría?: más «hombre duro» que antes. Un poco a lo Clint Eastwood, ¿comprenden? Por ejemplo, cuando salgo a tomar el pincho de media mañana, sin darme cuenta me acodo en la barra, pido mi descafeinado con la boca torcida y paseo por el local una mirada desafiante, al modo de un bandido del Oeste. Cualquiera día llamaré Flanagan a Fonseca, el camarero, y tomaré un «whisky» de un solo trago.

Y en el fondo —hablando de bandidos— yo siempre he querido parecerme a personajes del estilo de Cándido Méndez o Juan Alberto Belloch, de éstos que si uno los encuentra por la noche a solas en un callejón echa a correr despavorido.

Ser un «buen chico» en el sentido tradicional tenía sus inconvenientes. La realidad es que esos supuestos elogios de «eres un buen muchacho» o «tú nunca harías una cosa así» no son más que eufemismos para llamarnos pardillos. Y luego también es verdad que la apariencia de virtud puede resultar una falsa bondad, porque hay gente que las mata callando. De mí sé decir que cobro a mis propios ojos una nueva imagen, más recia y, a la vez, satisfactoriamente transgresora. Porque ahí está la madre del cordero. En mi generación hemos estado siempre tan atados a la norma, hemos circulado tanto por la senda del bien, que el hecho de que alguien nos diga ahora que hemos sido unos gandules me agradece como un verdadero elogio. He tratado de analizar las fuentes de este nuevo «look» moral. Y he aquí las primeras conclusiones.

Nuestro pretérito está en entredicho con la llamada «nueva lectura» de los hechos. Así se recrea y se

perfecciona el pasado, luminosa tarea que han tomado sobre sí toda una serie de historiadores jóvenes y de periodistas viejos.

Entre estos últimos, los hay (medio-periodistas incluidos) que en sus comentarios retrospectivos nos explican cómo éramos. Y nosotros nos sorprendemos mucho. Otros escriben unas memorias-río en las que, según me cuentan los que las leen, más que de acontecimientos y personas de interés público que hubieran conocido en su trabajo, hablan de sí mismos y de lo malos que hemos sido los demás para con ellos. Porque yo mismo, por lo visto, «salgo» de malo en alguno de estos escritos.

Descubro, pues, con alborozo, que he sido autoritario, torpe y ambicioso. Lamento que tan extensos desahogos victimarios tengan pocos lectores porque me gustaría que supiera la gente que mister Hyde habita, agazapado, en sujetos como yo. Comprendo el legítimo resentimiento de autores a quienes la vida, y puede que tahúres de mi estilo, ha impedido el desarrollo de sus méritos.

Los historiadores principiantes, por su lado, con la novísima metodología del voluntarismo, el subjetivismo y el juicio del pasado con criterios de hoy, nos hacen de la historia una novela y cuentan lo que nosotros no sabíamos de lo que nos tocó vivir y aún de nosotros mismos. Ya he contado lo de los porteros de las casas, que eran todos espías de Franco, al parecer. Certifico que en mi caso el espionaje del gremio fue pésimo.

Y estoy yo muy contento también porque conozco ahora alguna de mis viejas picardías. Dijo en estas columnas mi admirada Sara Suárez, escritora comprometida, que la «Iglesia omnipotente», que

ella conoció muy bien, aprovechaba un peñasco de las playas (no sé por qué un peñasco y no un corral) para poner a los hombres a la derecha y a las mujeres a la izquierda, como en un ensayo para lo del valle de Josafat. No está claro, sin embargo, si la izquierda y la derecha son las del espectador.

De jóvenes somos rebeldes, aunque en tan lejanos tiempos los muchachos de mi panda no solíamos comernos roscas, sino más bien tortillas de patata en las excursiones con las novias a la playa. Ahora sabemos que aquellas reuniones no eran bien vistas por la Iglesia, omnipotente como se sabe, y que de habernos descubierto nos hubiera perseguido por la arena como a pollos en un gallinero para arrojarlos en su peñasco: los chicos con los chicos y las chicas con las chicas.

Lástima no haber sido conscientes de que estábamos burlando a la justicia y hurtándonos al tenebroso residuo de la Santa Inquisición. Pero, en fin, como decía Ludi, si alguna vez nos cogen que nos quiten lo bailado.

Todas estas revelaciones me llenan de emoción pues compruebo, a estas alturas, que he llevado una vida aún más novelesca de lo que pensaba, como escrita por Wolfe o por Capote.

Así pues, teniendo en cuenta mi nueva condición pecadora, he decidido procribir la corbata, afeitarme cada tres días y vestir de modo informal. Un poco más de trabajo me va a costar —para qué voy a decir una cosa por otra— la adopción de un lenguaje desgarrado, con algunos tacos de buen calibre.

En cualquier caso, y en cuestión de maldades, ya nadie me podrá arrebatarnos un pasado pluscuamperfecto.

Entre paréntesis

El atentado

LUIS MEANA

Madrid aparece en las fotos de la mañana como el patio de un colegio en el que hubieran ardidido todos los niños, como un alma en pena por tantos hierros retorcidos, como el pánico de aquellos que han asistido en directo a la representación viva del infierno. Amanece Madrid cubierto por la neblina de la muerte. Que no escampa ni con esa segunda onda expansiva que sigue siempre a la primera: la verborrea de declaraciones, la cagalera de palabras. Los periódicos vienen llenos de ese paisaje urbano en el que alguien metió una trilladora de la muerte, como si esto fuera una era, y dejó el asfalto lleno de espigas rotas. Madrid parece Beirut. Paseantes que se quedan rezando de rodillas, sin saber siquiera que rezan. Mujeres que ven aparecer una luz intensa e hiriente como si bajara del cielo la Virgen de Fátima. Tras la deflagración, se entra en la hora de los patólogos: análisis de dientes y restos calcinados, mientras allá lejos, no se sabe dónde, alguien estudia la patología de los hierros por averiguar, para la vez siguiente, si el amosal estaba suficientemente fresco, si ha de variar o no la dosis, y si le agrada o no el tono del amasijo. La foto de Madrid parece de Beirut. El blanco y negro de los periódicos no logra resaltar la crueldad de la tragedia, griega,

según uno de los que la vieron en directo. En ese lienzo de la muerte, que sale en algunas primeras páginas de los periódicos y que parece una obra de Zurbarán o de Rivera, resalta el rostro de una mujer a la que le corren los churretes de sangre de la cara al cuello, mujer imagen de la desesperación de quien cae incomprendiblemente en medio de una guerra ajena. Madrid ardiendo como esas ciudades que están en guerra civil consigo mismas. Cuerpos colgando de los balcones como si fueran banderas caídas en la toma inútil de una loma y piernas entregadas al ballet que, por el impulso de una bomba, han ido a bailar al cielo. Todo en la esquina, premonitoria, de la calle Amnistía. Nuestros gobernantes juegan con demasiada facilidad con pólvora —indultos, reinserciones, tercer grado— como si todo eso fuera plastilina, y hacen con ella demasiados castillos en el aire hasta que treinta kilos de amosal les revientan el invento. Esos gobernantes no deberían olvidar tampoco que, por un extraño misterio del amosal, en España las cesuras históricas las ponen ciertas bombas. Desde Carrero hasta nuestros días. Este coche-bomba de ahora deja tras de sí la sensación de un gobierno liado en el amasijo de sus propios hierros, la de un país con demasiados cables rotos y sueltos a la vista del cielo.

Pubis de oro

MANUEL ALCÁNTARA



La Audiencia Provincial de Barcelona ha fijado en 34 millones de pesetas la cifra que la revista «Interviú» tendrá que pagarle a Marta Chávarri por publicar unas fotos en las que se apreciaba, si bien no con la nitidez deseable, la zona de su pubis. Marta valoraba en más la imagen de su empresaria y pedía una indemnización de 200 millones, lo que sin duda ha debido de parecerles exagerado a los jueces, habida cuenta de que se trata de una parte anatómica bastante corriente, de la que está provista media humanidad.

Recordarán la historia: un fotógrafo, metiéndose en lo que sí le importaba, retrató a Marta Chávarri con las piernas cruzadas. Como ella no llevaba nada debajo del vestido, o, dicho de otro modo, iba descalza hasta la mandíbula, en la foto salió todo. Con pelos y señales. De nuevo estamos ante el problema del derecho a la propia imagen. ¿Es nuestra la imagen de nosotros mismos?, ¿no lo es también de quienes la ven? A Marta Chávarri no la retrataron en el cuarto de baño de su casa, lo

que sí hubiera supuesto una violación de su intimidad, sino en una sala de fiestas, que es un lugar tan público que a veces es incluso frecuentado por mujeres públicas.

Una ardua cuestión ésa del derecho a la propia imagen. No conozco a ningún reportero gráfico que, si tiene la suerte de ver en calzoncillos a todos los miembros de la Conferencia Episcopal, renuncie a fotografíarlos.

El grave problema ético de la violación de la intimidad se habría solucionado si la señora Chávarri hubiese llevado bragas, pero ahora no tendría 34 millones. Precio récord para el pelo de marta. Muchos millones. Más de lo que han cobrado en conjunto generaciones de mujeres que hacen «strip-tease». El viejo Jardiel decía que el pudor es un cuerpo sólido que sólo se disuelve en alcohol o en dinero, pero no está bien que hayan condenado a «Interviú». ¿Qué querían que dijera el director? Eso de ¿a mí qué coño me importa? Ahora, la sonrisa vertical se ha helado en los labios del administrador de la revista.